

ARTICULOS

”El hombre y el orden social del presente”

Por Hans FREYER (WIESBADEN)

El milenio que antecede al siglo XIX es, en Europa, extraordinariamente abundante en formaciones sociales y resulta asombroso lo mucho que de esta abundancia se ha conservado hasta los umbrales de la era industrial. De modo semejante a como las obras arquitectónicas de los estilos de aquel milenio no se comprendían ni conservaban históricamente, sino que se habitaban por aquel tiempo, sus instituciones se hallaban también hacia el año 1800 metidas de lleno en la vida de la época, a menudo revueltas, mal entendidas o incluso mal aplicadas, pero jamás olvidadas del todo. Y muchas de ellas valían seriamente y se las reconocía y defendía como derecho vigente. Los acoplamientos de la reforma agraria no habían acabado aún, por ejemplo, con las viejas leyes rurales. Fronteras primitivas, aunque frecuentemente en litigio, separaban las propiedades unas de otras. Registros catastrales y cuerpos de leyes consuetudinarias de la Edad Media regulaban la situación económica del propietario rural. E incluso una ciudad como la de Frankfurt en que creciera el joven Goethe, se atenía a derechos antiguos, y Maximiliano I o Rodolfo de Habsburgo eran en ella un trozo vivo de presente. Incluso la política de gabinete de los principados había de contar por doquiera con sus antiguos derechos o, al menos, manipular con ellos.

Hoy han caducado ya estos órdenes sociales que tanta vitalidad tenían aún hace 150 años. Las leyes rurales, que hacían de cada linde una herencia sagrada, se hallan hoy día recubiertas por los nuevos reajustes, de tal modo que ya no se las puede reconocer; los privilegios estamentales, con sus viciadas prebendas, pero también con sus deberes de honor, han quedado allanados; las viejas libertades se han convertido en pieza de museo o se han reabsorbido en la generalidad del derecho civil. Ordenes sociales de nuevo tipo se en-

cuentran proporcionadamente por todos los países y abarcan casi todo el conjunto de su vida social. Sus vinculaciones a los fundamentos históricos son, por la mayor parte, muy tenues o tan relajadas al cabo de un siglo de desarrollo industrial que, al menos en las grandes ciudades, en las zonas industriales urbanizadas y en las regiones de grandes granjas agrícolas, las diferencias para toda la tierra resultan hoy considerablemente más reducidas que antaño las diferencias entre las regiones y ciudades de un solo país. Pues precisamente sobre los países y continentes jóvenes, que hasta los últimos decenios no se han incorporado al desarrollo industrial o no han sido arrastrados a él, se ha depositado el nuevo sistema de vida a la manera de un sedimento, desligado de su historia hasta el presente. Hoy yace como un estrato, más tenue o más sólido, por sobre todo el planeta y determina ese estilo de orden social que tan característico es de nuestra época, entremezclado, como es lógico, con otras muchas cosas distintas, pues en toda época son muchos y muy diversos los elementos que se ponen en juego.

Quisiéramos plantear la cuestión de cómo se comporta este orden social respecto del hombre y de cómo el hombre se conduce respecto a las instituciones en que aquél se expresa. Es una cuestión que surge por sí misma. Pues no cabe duda de que la era industrial, como armadura de su organización, ha erigido un sistema extremadamente complicado de estructuras sociales, con seguridad uno de los más complicados que hayan existido en la historia social de la humanidad; y hoy se reconoce por todas partes que para caracterizar ese sistema, en total e incluso en particular, se hacen precisas nuevas categorías. La revolución industrial es en tal sentido una cesura de primera magnitud en la historia universal, y lo que de ella se ha producido en 150 años (ese madurado sistema de organización industrial de la sociedad en el siglo XX) apenas admite comparación ni siquiera con formas sociales de otras épocas de la historia, en primer lugar a causa de la técnica moderna y del ensanchamiento del planeta, dos hechos que obran en colaboración, pero también a causa de las leyes internas de ese moderno mecanismo social. En este punto todos tenemos más o menos la impresión de que las instituciones en que la vida actual se encuentra aprisionada se diferencian radicalmente de los órdenes sociales anteriores; de que quizá la relación del hombre a las instituciones y de las instituciones respecto del hombre podía haber sido estructuralmente otra cosa. O con otros términos: que estas instituciones posiblemente no rinden ya lo que las instituciones estables, inveteradas y abarcables, al antiguo modo, rindieron a lo largo de un milenio. Estas ordenaban al hombre penosamente en su seno, le ofrecían constantes motivos de acción, le descargaban, pues, considerablemente de la violencia de decisiones en algunos casos demasiado vastas, le entregaban determinadas responsabilidades asequibles y ligaban a ellas determinadas sancio-

nes (1). Contendían, por decirlo así, toda una ética concreta para todos los casos normales de la vida. Y la cuestión es, ahora, la siguiente: ¿Siguen realizando todavía esto la instituciones modernas? ¿O se han vuelto quizá demasiado complicadas y opacas para poder regular la conducta normal del hombre con compromisos perennes y claros, demasiado resueltas a favor de la repartición del trabajo para poder desempeñar una función motivadora? ¿Acaso se ha alcanzado aquí el caso límite de que un sistema de instituciones funcione, sí, desde el punto de vista técnico-social, pero no ofrezca ya al hombre ningún contenido y solamente le siga suietando, pero sin crear en él ningún "ethos"? La idea de que la humanidad, por lo menos hasta ahora, no ha encontrado aún una relación moral con el mecanismo social de la sociedad industrial se viene repitiendo desde hace cincuenta años y es, por lo demás, una máxima fundamental de la crítica de la cultura en el siglo XIX. A menudo se ha vinculado esta idea a una glorificación romántica de las viejas formas sociales. Y a menudo ha tomado un giro pesimista al sostener que no es sólo que hasta ahora no se haya conseguido, sino que resulta imposible en absoluto conseguir hacer frente humanamente a este aparato social. La categoría del mecanismo social que apunta, por ejemplo, en Schiller, y la categoría de la alienación, cuyo origen está en Hegel, vienen aquí a propósito. Y la tesis es: que las instituciones de la sociedad industrial están dispuestas de tal manera que se desarrollan forzosa e irreversiblemente en el sentido de la mecanización y de la alienación.

Este es el fondo filosófico-cultural de la cuestión en torno al hombre y el orden social del presente. Abordar tal cuestión como sociólogo significa dos cosas. Significa en primer término que la tarea no ha de consistir en inferir históricamente el presente orden social ni tampoco en describirla empíricamente, sino en obtener su concepto estructural. M. Weber hubiese dicho: su tipo ideal; y otros: un modelo de ella. (Por lo demás, vamos a contentarnos con ofrecer algunas contribuciones a ese modelo, es decir, vamos a poner de relieve unos cuantos rasgos estructurales muy marcados de nuestra realidad social).

La sociología no tiene derecho a establecer normas, ni siquiera tampoco a pronunciar juicios de valor, y, tal como hoy la practicamos, esta ciencia tampoco se propone hacerlo. Se concentra y se limita —también en lo que respecta al actual orden social— a lo que la lógica moderna llama una caracterización estructural. Esto puede tenerse por un criterio muy artificioso: en todo caso supone un grado elevadísimo de abstracción. Pues lo más natural es que el hombre

(1) A. GEHLER: *Sozialpsychologische Probleme in der industriellen Gesellschaft* (1949) y *Probleme einer soziologischen Handlungslehre in Soziologie und Leben*, edit. por C. BRINKMANN, 1951.

perciba la realidad social en que vive como una entidad que adopta posiciones, que dice sí y no, como una entidad políticamente comprometida. Supone, en efecto, un grado muy elevado de abstracción el que la sociología se esfuerce por tener entre paréntesis todo el "ethos" de la toma de posición y por destacar conceptos estructurales puramente teóricos, resolviéndose así por lo que M. Weber llamó *Wertfreiheit*, exención de valores (prescindimos aquí de los difíciles problemas epistemológicos que implica el concepto de *Wertfreiheit*). Cuando la sociología se impone a sí misma este ascetismo sabe naturalmente por qué lo hace. Y sabe también que se trata lógicamente de una auténtica colocación entre paréntesis. Sabe que de su análisis y caracterización de hechos, al margen de los valores, surgen problemas —incluso problemas candentes— que tiene que dejar en suspenso, pues toda respuesta que se diera a ellos implicaría una toma de posición. Todo lo que sigue ha de entenderse en este sentido, pero no bajo el prisma de lo deseable o censurable, ni siquiera desde el punto de vista de la alternativa de optimismo y pesimismo, y las cuestiones a que conduzca nuestro análisis han de considerarse precisamente como cuestiones, como preguntas. Insistimos particularmente en ello porque siempre resulta un tanto decepcionador despedirse con preguntas cuando se pedían respuestas.

La malla de organizaciones sociales por la que la sociedad actual se halla atravesada y recubierta, está constituida, tanto en su conjunto como en sus formas parciales, de manera tal que el hombre sólo queda abarcado por ella en el único aspecto determinado: aquí como obrero y allá como vecino de una localidad, ahora como contribuyente y en otra ocasión como autorizado a participar de la ley de protección al inquilino, aquí como miembro en la circulación, allá como consumidor y acullá como impedido para el trabajo, unas veces como votante activo, otras como representante de un interés económico delineado con toda precisión, por ejemplo, del interés de la industria exportadora de elaboración del hierro o del interés de los funcionarios administrativos de empleos medios. Estos órdenes no articulan al hombre en su seno, sólo le "afectan", exactamente en el sentido en que decimos que una orden policial o tributaria nos afecta o no nos afecta. Resultaría completamente fuera de lugar decir que un código de leyes consuetudinarias afectó a la comunidad del pueblo para el cual tuvo valor. Aquí existió un "status" jurídico, desarrollado y compuesto de muchos antiguos privilegios y posteriores concesiones o reducciones y, en su composición, propia solamente de dicha comunidad; el código de leyes consuetudinarias no estableció ese "status", sino que lo recogió, lo mantuvo presente y evidente, y de su sustancia fué tejiendo a manera de hilos, por lo demás con harta imperfección, pues mucho quedó reservado a los usos y costumbres y bastante quedó también sometido a continua discusión. Pero en el caso de las modernas instituciones el concepto de "afec-

tar" reproduce perfectamente la realidad de las circunstancias. Especialmente características de todo orden social hoy día son aquellas órdenes, disposiciones y reglamentaciones directamente dictadas por la autoridad administrativa competente, muchas veces ni siquiera dadas a conocer en público y que por tal razón no pueden modificarse ni adaptarse fácilmente a la situación cambiante. Estas son formas de organización que como mejor funcionan es como instrumento técnico de dirección y planificación, pero que son, naturalmente, algo por completo distinto de aquellas instituciones y asociaciones que ordenan a sus hombres con carácter de perpetuidad. Les falta por completo esa presencia clara y experimentable, propia de una comunidad local de viejo estilo, o incluso de un taller personalmente dirigido o de un gremio basado en la camaradería. Les faltan, por eso mismo, pretensiones personales que formular a sus miembros, contenido que comunicarles y apoyo que garantizarles. El sistema de reglas de circulación en una gran ciudad es un puro ejemplo. Las señales roja y verde nos afectan en cuanto que vamos a cruzar la calle y en este sentido nos afectan incluso vitalmente, pero un contenido interno no nos lo comunican desde luego, ni fundan comunidad alguna entre los que en cada caso quedan afectados por ellas. Estos órdenes tienen, en sumo grado, carácter de reglas de juego; se encuentran, efectivamente, en constante mutación y su forma jurídica no se constituye muchas veces sino posteriormente. Las reglas del juego no hablan al hombre esencialmente como persona, sino como adversario en la partida; no le incrementan sino que le reducen a tal papel. Y esto es precisamente lo que hacen las formas típicas y generales de nuestro orden social. En ellas el hombre resulta, en sentido literal, "tenido en poco", dividido en las funciones parciales con que es socialmente relevante y afectado siempre en una u otra de estas funciones, reducido en cada caso a una de ellas. Esto no es, sin embargo, una recusación de tales órdenes: considerados como modelo, así es precisamente como están constituidos.

La sociología francesa habla a este propósito de *désencadrement*: el hombre moderno está *désencadré*, desenmarcado, o mejor: su marco se ha deshecho. No es como si careciese en absoluto de una estructura social en que estar (está en una estructura que resulta incluso enormemente compleja); pero ese mecanismo social no tiene carácter de marco que sustente y soporte, sino de malla arrojada sobre la existencia que somete al individuo a un esfuerzo de presión, y de presión en una dirección determinada.

Esto tiene consecuencias psicológico-sociales de suma importancia que saltan inmediatamente a la vista; por ejemplo, la de que órdenes sociales de esta clase no pueden hacer nada para crear un sentimiento de valor propio y personal en el individuo. Tal sentimiento, en efecto, se desarrolla siempre normalmente partiendo de

la inordinación del hombre en determinado lugar social y juntamente con su persona. Ser un agricultor independiente o un artesano agremiado, pertenecer a este municipio o a aquel estamento, tales eran los núcleos en torno a los cuales podía cristalizar la conciencia individual de un hombre. De esto no son capaces las formas de organización social al estilo de hoy; sería absurdo exigirlo o esperar-lo de ellas. Pero, de otro lado, por aquí se explica en buena parte la inseguridad que va cobrando el sentimiento del propio valor personal en el hombre moderno, sus depresiones lo mismo que sus exageraciones. Entre los sociólogos, E. Durkheim ha sido el primero en llamar la atención sobre esto.

Del sistema de nuestra organización social queríamos destacar especialmente, en segundo lugar, aquellos rasgos estructurales que afectan al hombre que trabaja y llegar así al tema que desde un principio, es decir, desde el comienzo de la era industrial, ha sido tan discutido: Que la máquina deja al hombre inhábil y exánime, que le esclaviza en una forma sublime, es una de las más antiguas acusaciones que se han hecho contra ella. Según la técnica del pro y el contra, en que tantas contiendas ideológicas suelen producirse, a semejante tesis corresponde del lado del optimismo técnico esta contratesis: No, la máquina lo que hace precisamente es liberar al hombre aliviándole el trabajo físico.

El desenvolvimiento técnico ha transcurrido, efectivamente, por una doble vía. En muchas partes ha llevado, de hecho, a formas de trabajo enteramente mecanizadas, pero de otro lado ha producido, en sus máquinas especiales y en sus grandes baterías de maquinaria, trabajos muy calificados que, en todo caso, la artesanía normal no conoce. Y, sin embargo, incluso el aparato más delicado, incluso el más potente conglomerado de máquinas no se maneja, como se maneja un instrumento, sino que se sirve, en el mejor de los casos se vigila; el hombre que trabaja al pie de la máquina se ve, pues, reducido al papel de palanca o, en el mejor de los casos, al papel de órgano de control. Su hacer se ha modificado radicalmente en cuanto que ya no ejecuta una obra que está en su mano desde el principio al fin, sino que se coloca como "fuerza" (según significativamente se le llama), como fuerza probada en la empresa racionalmente planeada que va desenvolviéndose en procesos maquinales. En el primer caso el trabajo, todo el tiempo que dura, tiene presente ante sí con plena claridad el contenido, la obra que con él se realiza, y toda ejecución parcial, aunque se encuentre separada por razones de distribución del trabajo, sigue estando en sabida conexión con la totalidad del mismo. En el segundo caso, se independiza, no objetivamente (ya que es un eslabón indispensable en la cadena), pero sí en gran parte a la vista de aquel que lo realiza y, en todo caso, incluso allí donde existe una orientación teórica, ante la conciencia actual. Se diría que se desprende del contenido: su manejo e

intencionalidad no vienen ya regulados por éste, sino por el funcionamiento objetivizado de la empresa. Se formaliza así en una dirección a la cual obliga todo el proceso en curso, como tal proceso: en una dirección de exactitud, ritmo, puntualidad, disciplina, cualidades todas ellas puramente abstractas y que, en último caso, nada tienen que ver con el contenido del obrar.

Añádase a esto el hecho de que el moderno mecanismo de producción se organiza cada vez más en una serie de estratos en los que la cosa misma de que se trata (por ejemplo, el artículo que se fabrica, la mercancía con que se comercia, el asunto que se administra) ya no aparece como tal, sino en un reflejo o transformación muy complicados; como listas numéricas, asientos, curvas de control, estadísticas; singularmente el ejército innumerable de empleados y funcionarios, que es tan característico del sistema industrial como la clase trabajadora y vive en los estratos. Y aquí, desde el punto de vista del trabajador, apenas si existe muchas veces una diferencia respecto de una tarea cuyo contenido fuese puramente ficticio, pero que al mismo tiempo exigiese la máxima precisión. Que un oficinista que tiene a su cargo el fichero de avisos y reclamaciones de la A a la F trabaje en la imprenta de una revista o en un establecimiento de venta a plazos de aspiradoras o en un negocio de instalaciones, es completamente igual; su labor no tiene nada que ver ni con revistas, ni con aspiradoras o bañeras, sino exclusivamente con la lista de clientes y la agenda de pagos. Esta es, absolutamente hablando, la fórmula general en trabajos tan sumamente fraccionados y organizados en grande: no se ocupan ya de la cosa que en ellos se produce, sino más bien del proceso de trabajo en que están encuadrados y especialmente del pequeño sector del mismo que se les ha asignado. El trabajador se convierte en parte dependiente del gran asunto en curso que se llama empresa. No funciona (o no funciona sólo) por propios impulsos internos, sino que se ve puesto en marcha, regulado, verificado a distancia como una especie de artefacto eléctrico; no es ya, como dijo H. Taine, *moteur*, sino *rouage*, no es ya motor, sino engranaje.

También esto tiene sus consecuencias. En un círculo de trabajo susceptible de ser abarcado en conjunto y que pone en visible conexión el obrar y su resultado, se acumula una experiencia completa en sí; en él se constituye toda una concepción del mundo, toda una "formación", como correlato intrínseco del mundo particular de objetos con que el trabajo se ocupa concretamente. ¡Cuán firme se hallaba el campesino o el artesano de viejo estilo, con su persona entera, en su mundo de trabajo, y con qué honda impronta marcaban su tipo los objetos con que trataba! John Dewey ha planteado la cuestión de si procesos de trabajo tan sumamente formalizados como los que se dan en el sistema industrial pueden producir experiencia en ese sentido plenario. Destreza, inteligencia mecánica,

práctica rutinaria, juicio técnico, especialismo hasta el virtuosismo, todo esto sí se consigue, pero una experiencia cíclica, capaz de conformar un contenido vital, apenas se da. Tampoco aquí se quiere con esto emitir un juicio de valor, sino contribuir a la caracterización estructural del orden presente en sus repercusiones sobre el hombre

Señalemos ahora un tercer rasgo que caracteriza fuertemente el orden social de nuestra época y que ha elevado a ésta, naturalmente, a lo ideal típico; es lo que comprenderemos aquí bajo el título de "movimiento circulatorio". Allí donde da comienzo la producción, el tráfico, la previsión y la administración en el estilo de la época presente, aparece el principio constructor del movimiento circulatorio, y allí donde se habla modernamente de economía y sociedad constituye dicho principio la forma principal de construcción teórica. Las constituciones sociales al viejo modo estaban edificadas conforme a un esquema completamente distinto: el del *oikos*; eran, en sentido literal o en sentido figurado, en pequeño, grande o máximo formato, *oikoi*. La imagen de la "casa" va implícita hasta hoy en términos como "economía nacional" (*Nationalökonomie*), "economía social" (*Sozialökonomik*), pero también de igual modo en términos como "economía del pueblo" (*Volkswirtschaft*), "economía mundial" (*Weltwirtschaft*), pues el patrón o huésped (*Wirt*) es el director de una casa (2). Calificar de "económica" la trama del mercado mundial y llamar a un empresario que coordina continentes patrón (*Wirt*), ecónomo (*Volkswirt*) es quizá bastante extraño, pero con todo no más extraño que seguir llamando "arma" a la bomba de hidrógeno. Hasta el colbertismo las economías, incluso las más avanzadas, estaban absorbidas en la categoría del *oikos*, e incluso vastísimas áreas con grandes valores de capital y grandes fuerzas productoras pueden gobernarse al modo de una casa y este gobierno económico puede servirse de métodos racionales. El sistema industrial sigue otro tipo distinto de construcción. Coloca en principio a cada cual, junto con su existencia económica y social, en un movimiento circulatorio mayor o máximo y le hace depender *de* él (o mejor dicho: le hace depender *en* él).

Los movimientos circulatorios tienen la capacidad de ser influidos desde cualquier punto, y todo impulso, todo estancamiento, toda perturbación discurren a su alrededor. Rasgo fundamental de estas estructuras es que cada uno de sus miembros deviene sensiblemente dependiente de poderes y acontecimientos que el individuo particular la mayor parte de las veces no puede comprender causalmente y sólo, cuando más, prever a corto plazo por determinados síntomas,

(2) El autor juega aquí con los significados de las palabras alemanas *Wirt* y *Wirtschaft* de un modo que la traducción no puede reproducir en español. Por esto, damos las equivalencias entre paréntesis.

sin poder influir sobre ellos. En estos sistemas no hay tabiques, no hay espacios autónomos, impermeables a las conmociones de la totalidad; en todos los órdenes económicos antiguos si los había. Pero aquí cada uno viene movido por cada onda del conjunto total, y tanto más cuanto más perfecta y globalmente constituida está la organización. No se da ya la actitud debida, consistente en regir económicamente el área propia de manera que al menos en ella todo esté dispuesto del mejor modo posible. Se da, por el contrario, esta otra actitud: la de adaptarse a la coyuntura que el movimiento circulatorio aporta y *to make the best of it*.

Otra consecuencia más de la estructura circulatoria es que en ella se forman posiciones de poder, monopolios, puentes de mando, posiciones clave a cuyo dominio puede quedar supeditado todo el movimiento circulatorio. Con ello se constituye un tipo absolutamente nuevo de poder, que no admite comparación con ninguna de las formas económicas (*oikoshafte*) de gobierno. Pues este poder no emana radialmente, como en áreas estructuradas de otra manera, sino que, asentado en un punto, mantiene apretada la mano en la garganta de la totalidad; ahora bien, un movimiento circulatorio tiene su garganta, por decirlo así, en todas partes.

También aquí vuelven a darse consecuencias psicológico-sociales fácilmente reconocibles. El simple hecho de que cada cual esté envuelto en movimientos circulatorios que él mismo no puede ver en conjunto, pero que le afectan vitalmente, tiene que tener por consecuencia que se vea constantemente llevado, incluso obligado, a abrigar sentimientos y convicciones que sobrepasan con mucho (3) su esfera intelectual y afectiva y que no son en absoluto comprobables por medio de experiencias concretas. Si a ello se agrega el hecho de que el moderno mundo de trabajo, en muchas de sus posiciones, dificulta ya de por sí intensamente la construcción de un mundo de experiencias en sí perfecto, se comprenderá fácilmente que aquí radica el fundamento estructural del pensamiento ilusionario y de corto circuito, de las apreciaciones de valor inconstantes, del deficiente sentido de la realidad que Joseph Schumpeter (4) ha señalado como la característica del hombre moderno y al mismo tiempo como germen de todas sus dificultades. Es una dialéctica fatal que sistemas que, en cuanto tales, están fuertemente racionalizados, no produzcan precisamente una razonabilidad concreta en el individuo particular, antes bien la obstaculicen. Este es también el punto en que se han establecido las ideologías. A todo sistema semejante, en especial a los plenamente racionalizados, co-

(3) G. THIBON: *Retour au Réel* 1943, pág. 53.

(4) J. SCHUMPETER: *Kapitalismus, Sozialismus und Demokratie* (traducción alemana, 1946), pág. 414.

responde una ideología adecuada, en la que se respondan en bloque todas las grandes cuestiones no susceptibles de respuesta, en la que se anticipen las apreciaciones de valor no concretamente realizables y se preparen de una vez para todas los juicios de valor sobre el adversario.

Toda realidad social —la de hoy también— posee múltiples estratos, abunda en estratificaciones históricas y no puede abarcarse en un modelo; además, tal modelo no existe. Evidentemente hay también hoy formas sociales que sostienen y soportan al hombre, instituciones que no sólo le afectan, sino que le obligan personalmente, formas de trabajo y condiciones de producción que no le formalizan enteramente. Pero en muchos fenómenos de la vida actual el modelo se encuentra casi puramente realizado: en el tráfico de las grandes ciudades, en la fabricación repartida de una gran empresa, en las modernas sociedades de seguros, en tantas y tantas ventanillas de la burocracia. Y lo esencial es esto: que se da una orientación general que tiende a realizar ese modelo. Las formas principales de las reglas de juego, del movimiento circulatorio, de la funcionalización del hombre en la empresa y de su encuadramiento en el mecanismo van ganando terreno.

Toda recapacitación de las consideraciones que hasta aquí hemos hecho habría de tener en cuenta en primer lugar que resulta imposible retorcér el desarrollo histórico que ha conducido a nuestro orden social o querer incluso echar abajo tal orden. No se trata de eso. Los muchos rodeos propios de todo proceso de distribución, a consecuencia del alejamiento de la mayor parte de los hombres respecto de las fuentes primitivas de nutrición, la obligación de administrar la moderna existencia de las masas, de reglamentarla y planearla, hacen necesario este mecanismo social (u otro semejante); la vida de una gran ciudad no podría funcionar sin él ni una semana. Se puede pretender simplificarlo acá o allá, pues también los sistemas racionales y burocráticos tienen su automatismo. Pero querer derribarlo significaría el caos. Tiene, pues, que valer como *terminus a quo*, desde el cual se puede pensar en dirección hacia adelante.

Pues esto ocurre también siempre que el análisis estructural que aquí hemos hecho se verifica en sentido semejante, pero luego se evalúan sus resultados en el sentido de una perspectiva optimista del futuro. Sobre todo la psicología social y la ética social americanas sostienen unánimemente el punto de vista de que este moderno mecanismo social, manejado con resolución y utilizado sabiamente, es, a pesar de todo, un instrumento magnífico para todo buen objetivo y que la relación del hombre con las instituciones, problema tan crítico en este terreno, puede encarrilarse perfectamente. El hombre puede hacerse dueño de tal mecanismo, como dueño ha seguido siendo de sus anteriores instrumentos. Puede adaptarse a él, incluso

adaptarse moralmente, y aprender a moverse dentro de él libre y seguro, debida y útilmente. El problema culmina en esta interrogación: ¿Surgen quizá precisamente en las instituciones abstractas, super-racionalizadas de nuestro orden social determinadas exigencias éticas, posibilidades de confirmación nuevas, en una palabra, nuevas virtudes?

En ello hay algo absolutamente cierto. Las relaciones humanas que circulan sobre un conjunto de cosas tienen su propia ética en sí, en el mejor de los casos una ética honesta y generosa que se constriñe netamente a las necesidades de la cosa y respeta honrosamente la libertad de la persona. Esto da lugar a que desarrolle el recíproco respeto, la camaradería en el trabajo, la confianza y otras cualidades humanas; la totalidad se realiza en una atmósfera algo impersonal, pero completamente libre.

Es claro que, con ello, el análisis al margen de los valores ha pasado a plantear la siguiente cuestión: qué es lo que debe ser y qué es lo que puede quererse en plenitud de sentido. Pero es posible prolongar el análisis estructural un poco más, antes de que surjan de él esas abiertas interrogantes, respecto de las cuales ha de adoptarse luego determinada actitud.

Los psicólogos industriales americanos agrupados en torno a Elton Mayo y F. Roethlisberger han descubierto que las empresas gigantes, cuyas formas de organización y condiciones de trabajo ellos mismos han investigado, manifiestan desde luego un claro progreso hacia la organización racional, la precisión del funcionamiento conjunto y el aprovechamiento de las aptitudes individuales, pero que las fuerzas humanas por las que propiamente funcionan, no arrancan de ellas mismas, y menos aun cuanto más racionalmente constituidas están. Se ha comprobado, por el contrario, que viven de una provisión de buena voluntad, capacidad de adaptación y desprendimiento, que ha ido almacenándose en muchos siglos de "hábitos establecidos". ¿De dónde procede esta provisión de modos de conducta y maneras de pensar? Procede de la familia, de la vecindad, de la patria chica, en suma, de la sociedad preindustrial, y se ha introducido en las formas de organización de las empresas gigantes, en las que nunca hubiese podido surgir. Los sociólogos de empresas llegan a este resultado con indisimulado asombro. Tanto más significativo que lleguen a él. El principio adoptado en estas investigaciones no es particularmente profundo. Se trata de un *industrial management*, de la cuestión de en qué ha de pensarse cuando se quiere encuadrar lo más eficazmente posible en la empresa la energía humana para el trabajo. Pero las razones que surgen de camino son importantes y deben meditar-se.

El mecanismo de organización que la sociedad industrial ha hecho surgir, es el caso más neto de lo que podría llamarse "sistema secundario". Se busca sus hombres, los reduce a la función en

que respectivamente los necesita, y la actividad humana se transforma así en eficiencia objetiva. Podría ser que tales sistemas en conjunto apelasen a fuerzas que en ellos mismos no se constituyen y ni siquiera se reemplazan, sino que afluyen a ellos procedentes de reservas existentes. Esto significaría que los sistemas secundarios no son autárquicos en su economía moral, sino, por decirlo así, abiertos hacia abajo y menesterosos de ayuda. No bastaría además seguir racionalizando las relaciones específicas de que inmediatamente se constituyen (aun cuando precisamente en esto estribe su progreso), sino que al mismo tiempo se debería mantener alerta las fuerzas más generales merced a cuya contribución son continuamente posibles aquellas realizaciones. Tal una acrobacia practicada en grande, que, ciertamente, estriba en primer término en determinadas capacidades de excepción que siempre han de ponerse en práctica, pero que no por eso deja de presuponer, además, fuerzas generales y principalísimas: un corazón sano, unos pulmones activos, buena vista.

El fenómeno del "sistema secundario" puede encontrarse en muchos puntos de la historia social, incluso de la historia más lejana. El municipio (no en todas las culturas, pero sí en la mayoría) responde a él; muchos mecanismos burocráticos y militares, encajados en la sociedad como un armazón, caen dentro de este concepto. Y siempre puede probarse (ya en lo que se refiere a la teoría de las poblaciones) que estos sistemas descansan sobre una base que les soporta y viven en cierto modo de un capital que no crece en ellos, sino del que ellos son los consumidores. El sistema industrial tal como hoy existe en los países sumamente industrializados de nuestro ámbito cultural es, hasta hoy por lo menos, el caso extremo y más audaz de este tipo. Cabe suponer que aquí se den las máximas exigencias respecto de un terreno que actúe de soporte, y que adopte caracteres de máxima urgencia la cuestión de cuánto tiempo puedan bastar sus reservas.

Este es, desde luego, el punto en que del análisis estructural surgen cuestiones que no pueden responder las ciencias de las realidades y que la sociología, por tanto, ha de dejar en suspenso. Pero no son tales cuestiones como para suscitar el silencio. Reclaman una respuesta, tanto más imperiosamente cuanto de un modo más consecuente verificamos el proceso de caracterización estructural y cuanto más nos esforzamos por comprender, al margen de los valores, la presente realidad social en su orden inmanente. No puede caber duda de que el sistema industrial se ha apoderado del hombre con mayor dureza que cualquier otro orden social hasta hoy. Tenemos la impresión, desde hace tiempo, de que el hombre quizá hubiese podido quedar alterado, en su misma sustancia, bajo el dominio de este mecanismo, y expresamos esta impresión cuando

usamos de conceptos como hombre civilizado, existencia de las masas, masificación.

Respecto al concepto de hombre-masa yo soy escéptico en cuanto que con este concepto se quiere significar lo siguiente: Que el hombre mismo, la estructura interna de su vida, se ha alterado, que hay que contar, por tanto, con un nuevo tipo de hombre; que los fenómenos de la vida moderna se explican por la estructura psíquica de este hombre nuevo y están cortados a su medida.

Es, más bien, así: Lo primero es el sistema de instituciones, ese aparato maquinal y de organización. Podemos comprender históricamente cómo ha surgido y reconocer que es imposible pretender derribarlo. Ese mecanismo reobra naturalmente sobre el hombre, por ejemplo, en el sentido de que funcionaliza muchas de sus producciones y cosifica muchas cuestiones personales y en el sentido de que, en general, las fuerzas humanas que pueden hacerse valer en la empresa quedan fuertemente reducidas. También hay que tener en cuenta (todas las experiencias lo apoyan) que un hombre que se ve inmerso todo el día en semejante mecanismo tampoco logra salir de él en las horas libres y en los días festivos y que, al final, su descanso e incluso sus diversiones caen víctimas en cierto modo de la mecanización. Pero todo esto no ha de significar por fuerza que la estructura esencial de la vida se haya hecho diferente. Esta no se altera tan fácilmente. El mecanismo de la existencia de las masas no ha alterado al hombre, le ha cubierto, o mejor, ha cubierto mucho de él.

Eso es lo primero. Lo segundo es que el análisis estructural lleva a la convicción de que tal sistema secundario nunca es portador de sí mismo, sino que necesita una base sobre la que apoyarse; nunca se mantiene a sí mismo, sino que necesita fuentes de energía que gastar. La cuestión de la capacidad de subsistencia y de la capacidad de desarrollo de nuestra civilización nos retrotrae, pues, a esta otra cuestión: la de si en las capas profundas de nuestra cultura existen reservas humanas de las que poder gastar, sin que por ello tales reservas se agoten.

La cuestión se plantea a menudo en esta forma: si a una ideología que sentimos peligrosa y amenazadora podemos enfrentar otra ideología tan fuerte como ella o superior. A mi juicio, de este modo se plantea erróneamente la cuestión. Las ideologías forman una parte esencial de los sistemas secundarios. Se puede probar con toda exactitud el papel que desempeñan en ellos: sus lemas son sucedáneos de la directa plenitud de sentido que falta a estos sistemas. Precisamente las consideraciones puramente teórico-estructurales apuntan a una dirección totalmente distinta. La cuestión está en si, en los pueblos de nuestro ámbito cultural, existen fuerzas

no desgastadas, lo bastante duraderas y susceptibles de cambio como para fundirse en las nuevas formas de vida y afrontar adecuadamente su marcada tendencia a la alienación. Sólo sobre esta base podría fundarse la esperanza de que incluso tal sistema pudiese acoplarse a la historia de la humanidad como un anillo más en el añoso tronco.

(Traducción del alemán de G. S.)